

En la Fantasía de Leonora Carrington, me colé...

Las *garzas* se sustentan en frágil equilibrio sobre la base de una barca que navega estáticamente en aguas turbulentas: ensoñaciones mágicas de una ¿fiesta? perfilada con blandura por la artista. Leonora Carrington (1917-2011) publica en 1982 el libro titulado *La puerta de piedra (Open Stone Door, Ábrate puerta de piedra)* y en 1986, la escritora australiana Patricia Wrightson (1921-2010), *El escalofrío*.

Una lástima que estas dos féminas no llegaran a conocerse en persona, aunque tal vez sí sabían la una de la otra; algunos dirán que se encontraban en las antípodas, y otros que les unía predilección por el surrealismo como se deriva de sendos títulos literarios.

El gusto por explorar más allá de la fina línea que separa mundos existentes, reales y esenciales, provoca en la pintora un deseo incontenible de plasmarlo. Atenta siempre a los ojos de su inteligencia, soberbia, perspicaz e intuitiva, debía amedrentar a la pléyade de varones reunidos en París. De personalidad inquieta, atractiva y atrayente, poco le fue ajeno en un mundo convulso e irracional. Los años que le tocó vivir se desgranaban como la arena del reloj que se evapora desdibujada de una esfera a otra. *Fantasía*, espejos que se abren en caleidoscopios rutilantes. Así sus libros. Así sus cuadros. Esoterismo en la británica, misterio en la australiana. Mensajes crípticos en una, secretos desvelados en la otra.

Planos superpuestos y capas freáticas alienadas y alineadas como le enseñó el maestro Ozenfant: aquella manzana ¡¡sin piel!! que la obsesionó durante seis meses, se erige en símbolo de tenacidad, de lápiz emborronado. De haber practicado la técnica japonesa *kintsugi*, habría recompuesto sus múltiples entretelas anímicas, deshechas y quebradas por abusos y agresiones de conciencias asilvestradas sin ápice de cordura ni compasión.

Personajes míticos se yerguen bajo la bruma de su espesura mental llena de fuego de artificio; oye una voz mortecina en su interior: ¡corre, sálvate, suelta amarras y empuja, desata las bridas que cercenan tu respiración!

Dos lectoras voraces, amantes de la tradición terruñera, escribir para salvarse, pintar para existir. Crear siempre. Poesía y policromía en una imagen de hielo fundido y de fuego inmóvil. Leonora, esencial, artista consagrada. Aplaudida y adulada; conocía a los pavos

reales que revolotean como caballitos de madera a su alrededor. Su mente, un hervidero que no paraba de bullir, borboteó un escupitajo imposible de contener y se le quebró el trazo de la realidad en aquel *Laberinto* circular, casi monocromo que a ningún sitio conducía. Ideó los decorados de la escenografía de *Don Juan Tenorio*, compañero del inframundo cuando las puertas del averno se abrieron para tragarlos; anhelaba escapar de sus fauces afiladas con recuerdos infantiles de cuentos y relatos salmodiados por su madre, su abuela y la “nani”: tiempos párvulos de mansión aristocrática y salones regios, rancio abolengo protector y ringorrango educativo y desdeñado: sus hechuras se avenían mal con el corsé de su origen.

Leonora, intelectual, antifascista, arrebatada de amor en medio del bucolismo campestre, enajenada y viajera por el sur europeo, recalca en unas torturas indómitas contra las que lucha su pintura majestuosa y sobrenatural. La Cábala descabalada, los planetas confabulados y el tarot perseguidor en una conjunción de elementos que sobrecogían a propios y extraños, la mayoría machistas de manual frente a las musas inspiradoras y un punto excéntricas. Aquelarre de aves, baldaquino renacentista: pintura y escultura en amalgama sincopada. Mirarla en su obra, subyuga, conocerla, convence y desasosiega. Un claustro asfixiante en aquella silla sobre la que levemente se apoya, melena al viento, descarada y mágica. El valor del sincretismo, la capacidad de emocionar. Conmover siempre; pugnan la paz y la rebelión: ella sabe mucho de callar y explotar, como *El árbol de la vida* alicaído sobre los avatares cotidianos, que espera paciente el porvenir.

Polifacética y poliédrica. Del surrealismo al realismo mágico, pocos pasos con arritmia pictórica. Fiel observadora más allá de la miopía ajena, coherente desde sus raíces, leal a sí misma, evitaba el oropel y el reconocimiento de la edad vivida. Patricia Wrightson y Leonora Carrington, mujeres de edad provecta, que fabularon y narraron con la escritura y la pintura. Premiadas. Disfrutaron del sosiego de su longevidad. Lo popular, materia medular, lo simbólico, enjundia artística en un *Minotauro*, padre, desasosegante, intrépido.

Hablar de Leonora Carrington supone una osadía y una liberación; quien realiza su semblanza se arriesga a quedarse corto, a no dar la talla por la magnitud de su obra, una producción variada y variopinta, más allá del etiquetaje atribuido a un movimiento específico, a una escuela concreta; el retrato indeleble y perenne de una mujer indomable, la etopeya de una personalidad que trasciende su propia realidad. Los ojos que ahora

contemplan su magnífico legado testimonian la excepcionalidad de una artista auténtica y genuina. Por eso...en su *Fantasía*, me colé.

Pilar Úcar Ventura